

Amado Nervo

La amada inmóvil



GENIO MALIGNO

AMADO NERVO

La amada inmóvil

GENIO MALIGNO

La amada inmóvil, de Amado Nervo.

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1919. Dominio público en Argentina desde el 1/1/1990.

Texto tomado de Wikisource en español: [https://es.wikisource.org/wiki/](https://es.wikisource.org/wiki/La_amada_inm%C3%B3vil)

La _amada_inm%C3%B3vil. La transcripción de Wikisource se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

Presentación de Alfonso Reyes

El presente volumen, inédito en su mayor parte, estaba preparado para la publicación desde el año de 1915, y, según el plan del autor, debió seguir inmediatamente a *Serenidad*. En la última parte de *Serenidad* habían aparecido ya algunas de las poesías que aquí restituimos a su verdadero sitio, y son las siguientes: «Ofertorio», «*Gratia plena*», «*Puella mea*», «¿Qué más me da?», «Metafisiqueos», «Unidad», «El fantasma soy yo», «Me besaba mucho», «Aquel olor...», «Ya todo es imposible...», «¿Qué bien están los muertos!», «Soneto(¿Qué son diez años para la vida de una estrella!)», «Bendición a Francia», «Seis meses», «Por esta selva...», «Un signo...», «La santidad de la muerte».

Por diversas razones, el manuscrito se quedó sin publicar, y fue creciendo de manera que, al final, hay ya una poesía firmada en 1918.

Las páginas en prosa que preceden a este libro —páginas únicas que ningún hombre puede leer sin emoción— explican suficientemente su carácter de reliquia íntima. Una nota manuscrita del poeta decía así: «Este libro es confidencial, y el hecho de obsequiarlo a un amigo significa, en concepto del autor y donante, una afectuosa distinción.»

La amada inmóvil representa la crisis mayor en la vida del poeta. Junto al

manuscrito de la obra, y bajo un sobre en el que se lee «Días memorablemente tristes», encontramos las hojas de un almanaque con las inscripciones siguientes:

1911, Diciembre, 17: Último domingo que anduve con Anita en la calle.

Lunes 18: Se sintió enferma.

Martes 19: Enferma.

Miércoles 20: Enferma.

Jueves 21: Enferma.

Viernes 22: Enferma.

Sábado 23: Enferma.

Domingo 24: Enferma. La Nochebuena más triste de mi vida.

Lunes 25: Enferma.

Martes 26: Se sintió mejor. Grande alegría al volver de mi trabajo.

Miércoles 27: Mal.

Jueves 28: Mal.

Viernes 29: Mal.

Sábado 30: Mal.

Domingo 31: Una angustiosa noche de fin de año.

1912, Enero, Lunes 1º: Mal.

Martes 2: Grave.

Miércoles 3: Algún trastorno después del baño.

1912, Enero, Jueves 4: Grave.

Viernes 5: Grave.

Sábado 6: Noche de agonía. La más espantosa de mi vida.

Domingo 7: Doce y cuarto, murió Anita.

Lunes 8: La enterraron a las cinco en San Lorenzo: que se haga la voluntad

de Dios.

En memoria de Ana

Encontrada en el camino de la
vida el 31 de agosto de 1901.

Perdida —¿para siempre?— el 7
de enero de 1912.

Versos a una muerta

MYTIL, cherchant dans le gazon.—Où sont ils les morts?

TYLTYL, cherchant de même.—*Il n'y a pas de morts.*

MÆTERLINCK, *L'oiseau bleu*, IV

Je t'aimerai au delà de la vie!

LACORDAIRE

*... Si quid mea carmina possunt,

*nulla dies unquam memori vos eximet aevo.

VIRGILIO, *Eneida*, 433-434

*¡Oh Tierra madre: sé leve para ella!

*¡Ha pesado tan poco sobre ti!

MELEAGRO

Ofertorio

Deus dedit, Deus abstulit

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor:

¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!

Tú me diste un amor, un solo amor,

¡un gran amor!

Me lo robó la muerte

...y no me queda más que mi dolor.

Acéptalo, señor:

¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!...

Pensamientos afines

Yo no soy más que una archilla sin valor..., pero viví algún tiempo con la rosa.

SAADÍ

Un esprit vêtu de noir guide nos pas: c'est la Douleur!

LEON DENIS

Noir chevalier masqué qui chevauche en silence,
la Douleur a percé mon vieux coeur de sa lance.

PAUL VERLAINE

Il faut s'habituer à tout dans la vie: même à l'Eternité.

G. LEVROUX

Todos los hombres desean únicamente librarse de la muerte; pero no saben librarse de la vida.

LAO-TSE, *Tao-Te-Ching*

Somos tan pequeños como nuestra dicha..., sí, pero
somos tan grandes como nuestro dolor.

HEBBEL

La mort a des rigueurs à nulle autre pareilles.
On a beau la prier,
la cruelle qu'elle est se bouche les oreilles
et nous laisse crier.

MALHERBE

Nous sommes plongés dans un invisible milieu spirituel,
d'ou une aide nous vient, notre âme ne faisant mystérieusement
qu'un avec une âme plus grande dont nous sommes
les instruments.

La philosophie de l'expérience

(traducción francesa de W. James,

Biblioteca Alcan 1909)

Prólogo

I

Creí que *Serenidad* sería mi último libro de versos, y así lo afirmé a un amigo. Esta afirmación me perdió, porque la vida no gusta de que le tracen caminos, y el arcano burla los propósitos de los hombres. He vuelto, pues, a componer poemas. Un nuevo dolor, el más formidable de mi vida, los ha dictado y, sollozo a sollozo, lágrima a lágrima, formaron al fin el collar de obsidiana de estas rimas, que cronológicamente siguen a las de *Serenidad*. ¡Serenidad! Pensé que en la madurez de la vida iba a llegar a esa altiplanicie desde la cual dominamos los acontecimientos, vemos pasar la caravana de trivialidades y miserias terrestres y sonreímos piadosamente «del Circo de las Civilizaciones». Pensé que si hasta entonces mi vida había sido conturbada e inquieta, el hondo deseo de ser sereno y el tesón de expresarlo acabarían por serenarme de veras, haciéndome adquirir por fin el más precioso de los dones que he ansiado en la turbulencia y la amargura de mis días: la Ecuanimidad.

Complacíame en el viejo símil de la montaña: arriba, nieve, el inmutable firmamento sin límites; abajo, nubes, tormentas, ciclones, torrentes

bravíos, árboles desgajados... ¡Pobre superhombre! La mano de Dios se abatió sobre mí y en un instante el alma himalayesca, cobijada por el azul, no fue más que un pobre guiñapo sangriento, convulso y sollozante. Tenía yo un cariño, uno solo, ornamento de mi soledad, alivio de mi melancolía, flor de mi heredad modesta, dignidad de mi retiro, lamparita santa y dulce de mis tinieblas, y en unos cuantos días, ante mis ojos despavoridos, ante mi amor estupefacto, se me fue de la vida, dejándome de tal manera atónito frente a la realidad, que necesito cogerme la cabeza entre las manos febriles y apretármela como entre dos tenazas para convencerme de que es *verdad* lo que *sé*, lo que pienso, lo que me pasa; que no se trata de una macabra prestidigitación, de un espantoso escamoteo, y de que todo lo que amé se ha desvanecido *de veras* y se ha vuelto fantasma.

¿Llorar? ¿Por qué?

ESTE es el libro de mi dolor:
lágrima a lágrima lo formé;
una vez hecho, te juro, por
Cristo, que nunca más lloraré.
¿Llorar? ¿Por qué?

Serán mis rimas como el rielar
de una luz íntima, que dejaré
en cada verso; pero llorar,
¡eso ya nunca! ¿Por quién? ¿Por qué?

Serán un plácido florilegio
un haz de notas que regaré
y habrá una risa por cada arpegio,
¿Pero una lágrima? ¡Qué sacrilegio!
Eso ya nunca. ¿Por quién? ¿Por qué?

Más que yo mismo

¡OH, VIDA mía, vida mía!,
agonicé con tu agonía
y con tu muerte me morí.
¡De tal manera te quería,
que estar sin ti es estar sin mí!

Faro de mi devoción,
perenne cual mi aflicción
es tu memoria bendita.
¡Dulce y santa lamparita
dentro de mi corazón!

Luz que alumbra mi pesar
desde que tú te partiste
y hasta el fin lo ha de alumbrar,
que si me dejaste triste,
triste me habrás de encontrar.

Y al abatir mi cabeza,
ya para siempre jamás,

el mal que a minarme empieza,
pienso que por mi tristeza
tú me reconocerás.

Merced al noble fulgor
del recuerdo, mi dolor
será espejo en que has de verte,
y así vencerá a la muerte
la claridad del amor.

No habrá ni coche ni abismo
que enflaquezca mi heroísmo
de buscarte sin cesar.

Si eras más que yo mismo,
¿cómo no te he de encontrar?

¡Oh, vida mía, vida mía,
agonicé con tu agonía
y con tu muerte me morí!
De tal manera te quería,
que estar sin ti es estar sin mí.

Gratia plena

Todo en ella encantaba, todo en ella atraía:
su mirada, su gesto, su sonrisa, su andar...

El ingenio de Francia de su boca fluía.

Era llena de gracia, como el Avemaría;
¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!

Ingenua como el agua, diáfana como el día,
rubia y nevada como margarita sin par,
al influjo de su alma celeste amanecía...

Era llena de gracia, como el Avemaría;
¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!

Cierta dulce y amable dignidad la investía
de no sé qué prestigio lejano y singular.

Más que mucha princesas, princesa parecía:
era llena de gracia, como el Avemaría;
¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!

Yo gocé el privilegio de encontrarla en mi vía
dolorosa; por ella tuvo fin mi anhelar,

y cadencias arcanas halló mi poesía.
Era llena de gracia, como el Avemaría;
¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!

¡Cuánto, cuánto la quise! ¡Por diez años fue mía;
pero flores tan bellas nunca pueden durar!

¡Era llena de gracia, como el Avemaría;
y a la Fuente de gracia, de donde procedía,
se volvió... como gota que se vuelve a la mar!

Puella mea

Muchachita mía,
gloria y ufanía
de mi atardecer,
yo sólo tenía
la santa alegría
de mi poesía
y de tu querer.

¿Por qué te partiste?
¿Por qué te me fuiste?
Mira que estoy triste,
triste, triste, triste,
con tristeza tal
que mi cara mustia
deja ver mi angustia
como si fuera de cristal.

Muchachita mía,
¡qué sola, qué fría
te fuiste aquel día!

¿En qué estrella estás?
¿En qué espacio vuelas?
¿En qué mar rielas?
¿Cuándo volverás?
—¡Nunca, nunca más!

Su trenza

Bien venga, cuando viniere,
la Muerte: su helada mano
bendeciré si hiere...

He de morir como muere
un caballero cristiano.

Humilde, sin murmurar,
¡oh Muerte!, me he de inclinar
cuando tu golpe me venza;
¡pero déjame besar,
mientras expiro, su trenza!

¡La trenza que le corté
y que, piadoso guardé
(impregnada todavía
del sudor de su agonía)
la tarde en que se me fué!

Su noble trenza de oro:
amuleto ante quien oro,

ídolo de locas preces,
empapado por mi lloro
tantas veces..., tantas veces...

Deja que, muriendo, pueda
acariciar esa seda
en que vive aún su olor:
¡Es todo lo que me queda
de aquel infinito amor!

Cristo me ha de perdonar
mi locura, al recordar
otra trenza, en nardo llena,
con que se dejó enjugar
los pies por la Magdalena...

Escamoteo

Con tu desaparición
es tal mi estupefacción,
mi pasmo, que a veces creo
que ha sido un escamoteo,
una burla, una ilusión;

que tal vez sueño despierto,
que muy pronto te veré,
y que me dirás: "¡No es cierto,
vida mía, no me he muerto;
ya no llores..., bésame!"

¿Qué más me da?

In angello cum libello

KEMPIS

¡Con ella, todo; sin ella, nada !
Para qué viajes,
cielos, paisajes,
¡Qué importan soles en la jornada!
Qué más me da
la ciudad loca, la mar rizada,
el valle plácido, la cima helada,
¡si ya conmigo mi amor no está!
Que más me da...

Venecias, Romas, Vianas, Parises:
bellos sin duda; pero copiados
en sus celestes pupilas grises,
¡en sus divinos ojos rasgados!
Venecias, Romas, Vianas, Parises,
qué más me da
vuestra balumba febril y vana,

si de mi brazo no va mi Ana,
¡si ya conmigo mi amor no está!
Qué más me da...

Un rinconcito que en cualquier parte me
preste abrigo;
un apartado refugio amigo
donde pensar;
un libro austero que me conforte;
una esperanza que sea norte
de mi penar,
y un apacible morir sereno,
mientras más pronto más dulce y bueno:
¡qué mejor cosa puedo anhelar!

¿Quién sabe por qué?

Perdí tu presencia,
pero la hallaré;
pues oculta ciencia
dice a mi conciencia
que en otra existencia
te recobraré.

Tú fuiste en mi senda
la única prenda
que nunca busqué;
llegaste a mi tienda
con tu noble ofrenda,
¡quién sabe por qué!

¡Ay!, por cuánta y cuánta
quimera he anhelado
que jamás logré...,
y en cambio, a ti, santa,
dulce bien amado,
te encontré a mi lado,

¡quién sabe por qué!

Viniste, me amaste;
diez años me amaste;
diez años llenaste
mi vida de fe,
de luz y de aroma;
en mi alma arrullaste
como una paloma,
¡quién sabe por qué!

Y un día te fuiste:
¡Ay triste!, ¡ay triste!;
pero te hallaré;
pues oculta ciencia
dice a mi conciencia
que en otra existencia
te recobraré.

Mi secreto

de amores por un ser desaparecido,
por un alma liberta,
que diez años fue mía, y que se ha ido...
¿ Mi secreto? te lo diré al oído:
¡Estoy enamorado de una muerta!

¿Comprendes —tú que buscas los visibles
transportes, las reales, las tangibles
caricias de la hembra, que se plasma
a todos tus deseos invencibles—
ese imposible de los imposibles
de adorar a un fantasma?

¡Pues tal mi vida es y tal ha sido
y será!
Si por mí solo ha latido
su noble corazón, hoy mundo y yerto,
¿he de mostrarme desagradecido
y olvidarla, no más porque ha partido,
y dejarla, no más porque se ha muerto?

Metafisiqueos

¡De qué sirve al triste la filosofía!

Kant o Schopenhauer o Nietzsche o Bergson...

¡Metafisiqueos!

En tanto, Ana mía,

te me has muerto, y yo no sé todavía

dónde ha de buscarte mi pobre razón.

¡Metafisiqueos, pura teoría!

¡Nadie sabe nada de nada: mejor

que esa pobre ciencia confusa y vacía,

nos alumbra el alma, como luz del día,

el secreto instinto del eterno amor!

No ha de haber abismo que ese amor no ahonde,

y he de hallarte. ¿Dónde? ¡No me importa dónde!

¿Cuándo? No me importa..., ¡pero te hallaré!

Si pregunto a un sabio, "¿Qué sé yo!", responde.

Si pregunto a mi alma, me dice: "¡Yo sé!"

Unidad

No, madre, no te olvido;
mas apenas ayer ella se ha ido,
y es natural que mi dolor presente
cubra tu dulce imagen en mi mente
con la imagen del otro bien perdido.

Ya juntas viviréis en mi memoria
como oriente y ocaso de mi historia,
como principio y fin de mi sendero,
como nido y sepulcro de mi gloria;
¡pues contigo nací, con ella muero!

Ya viviréis las dos en mis amores
sin jamás separaros;
pues, como en un matiz hay dos colores
y en un tallo dos flores,
¡en una misma pena he de juntaros!

El fantasma soy yo

Vivants, vous êtes des fantômes.

C'est nous qui sommes les vivants!

V. H.

Mi alma es una princesa en su torre metida,

con cinco ventanitas para mirar la vida.

Es una triste diosa que el cuerpo aprisionó.

Y tu alma, que desde antes de morirte volaba,

es un ala magnífica, libre de toda traba...

Tú no eres el fantasma: ¡el fantasma soy yo!

¡Qué entiendo de las cosas! Las cosas se me ofrecen,

no como son de suyo, sino como aparecen

a los cinco sentidos con que Dios limitó

mi sensorio grosero, mi percepción menguada.

Tú lo sabes hoy todo...; ¡yo, en cambio, no sé nada!

Tú no eres el fantasma: ¡el fantasma soy yo!

Por miedo

La dejé marcharse sola...
y, sin embargo, tenía
para evitar mi agonía
la piedad de una pistola.
"¿Por qué no morir? —pensé—.
¿Por qué no librarme desta
tortura? ¿Ya qué me resta
después que ella se me fue?"

Pero el resabio cristiano
me insinuó con voces graves:
«¡Pobre necio, tú que sabes!»
Y paralizó mi mano.

Tuve miedo..., es la verdad;
miedo, sí, de ya no verla,
miedo inmenso de perderla
por toda una eternidad.

Y preferí, no vivir,

que no es vida la presente,
sino acabar lentamente,
lentamente, de morir.

Índice

Presentación de Alfonso Reyes	4
En memoria de Ana	7
Versos a una muerta	8
Ofertorio	9
Pensamientos afines	10
Prólogo	12
¿Llorar? ¿Por qué?	14
Más que yo mismo	15
Gratia plena	17
Puella mea	19
Su trenza	21
Escamoteo	23
¿Qué más me da?	24
¿Quién sabe por qué?	26
Mi secreto	28
Metafisiqueos	29
Unidad	30
El fantasma soy yo	31
Por miedo	32